



y ConVersos

El teatro del verano



Eduardo G. RICO

PARECE que la estación, cuyos rigores soportamos, avala con el desenfado y la ruptura de formas que impone a la vida cotidiana la práctica de una mayor comprensión a la hora de fijar el listón, e incluso, el grado de tolerancia, para analizar los valores de un espectáculo. Sucede como si viviéramos en ciclos de distinta permisividad. Así, en el verano, admitiríamos expresiones que en otras estaciones no se corresponderían con la mínimas exigencias.

Así ocurre con el teatro que ahora nos es dado. Cambian las convenciones y resulta muy natural que las especiales condiciones estivales determinen una ampliación de criterios al juzgar una representación. Por lo pronto, cierran sus puertas hasta la próxima temporada muchas de las salas del circuito comercial y todas las oficiales, mientras renacen las viejas formas tradicionales, conservadas popularmente desde el origen de nuestro teatro.

El teatro al aire libre, desarrollado en espacios vallados, pero plenamente integrados, a pesar del cercado, en la vida cotidiana de los barrios donde se produce, es una de estas formas. Se trata de un fenómeno normal, propio, como hemos dicho, de las características de la estación, pero no admite la equiparación de sus resultados con los del teatro según la convención más arraigada, a la manera tradicional italiana y en salas convenientemente acondicionadas. ¿Por qué? Sencillamente su aparato es producto de la improvisación o de la imaginación y no dispone de los recursos habituales para la escenografía y el montaje. Además, la cerca es inútil y lo que pasa en la calle se mezcla con la acción que se desenvuelve en el escenario. Los ruidos exteriores se interfieren en el proceso de la representación y distraen al espectador, incapaz de identificarse con ella. La audición reclama un esfuerzo suplementario del espectador, y el ritmo queda roto con frecuencia. Las mismas condiciones de las localidades, generalmente incómodas, constituyen otro factor negativo importante.

Por esta razón, algunos promotores y algunos autores, tratan de adaptarse a tales condicionamientos, bien transformando —se diría mejor, trivializando— la elección de las obras a representar, o bien las obras mismas. Así, Manuel Martínez Mediéro y Antonio Corencia nos ofrecen en el templo de Debod una versión del «Tito Andrónico», de Shakespeare, muy peculiar: uno la convierte en parodia y el otro trata de enriquecerla en la espectacular puesta en escena. Y Shakespeare se pierde irremediadamente. Se aborda una misión imposible: actualizar a Shakespeare. Pienso que la más certera actualización es dar a Shakespeare tal como fue, como es. Las grandes inquietudes, los más profundos temas shakespearianos, como su tremenda reflexión sobre el poder, por ejemplo, se desvanecen. La belleza de su palabra se disuelve, y las condiciones del verano y del espacio en que el espectáculo se desarrolla hacen lo demás: la representación queda emasculada, pese al esfuerzo de una compañía de actores con primeras figuras de talento indiscutible, como Andrés Mejuto, Aurora Bautista y Maruchi Fresno.

¿Qué decir de «La familia Tot», que se representa en las Vistillas? Esta obra de un dramaturgo húngaro, casi desconocido aquí, Istvan Orkeny, desaparecido hace pocos años, ha de soportar los mismos ingratos condicionamientos del espacio en que se desarrolla, en plena barriada popular y con una vida nocturna intensa. Pienso, sin embargo, que el G.I.T. ha realizado una buena elección, y que la versión está bien interpretada por Romo, Mónica Ruffolo, Pilar Ruiz, Guadalupe González Güemes, Raúl Perotti, Oscar Sosa y el propio Andrés Cienfuegos, su director. «La familia Tot» es también una reflexión sobre el poder en clave de parodia, donde predomina el grotesco en interpretación caricaturesca de las relaciones entre los hombres.

Está, sin duda, más en su sitio «Ha llegado el bululú», una representación de la compañía de Mari Paz Ballesteros, sobre una idea de Manuel Collado Álvarez y bajo su dirección, que se produce en la plaza de la villa de París. No se trata de cumplir ninguna excesiva ambición fuera de la de entretener y hacer reír al respetable con recursos simples y ligeros. Sin más. Me parece que éste es el camino adecuado.

El verano establece, pues, el estado de excepción en el reino de las tablas. Hay que ser indulgentes. Pero seámoslo todos, promotores, crítica y público.



A. SABUGO ABRIL

HAY una imagen tópica de Pablo Iglesias: presentarlo como un tipógrafo con bata, manguitos y visera, una imagen sepia de esas fotografías de los periódicos finiseculares, que parecían grabados. Y sin embargo su retrato es más real: una barba cuidada, de hombre de letras, y una mirada de apóstol, más que de político.

Pablo Iglesias fue un periodista por libre. (Entonces no existía registro general, ni carnés. Los hombres de la profesión no se planteaban las disputas, los intrusismos e incompetencias de ahora.) Pablo Iglesias no sólo fundó «El Socialista», semanario cuyo primer número salió a la luz, el 12 de marzo de 1886, sino que también publicó artículos y declaraciones en los periódicos y revistas de la época

«El Socialista», el adjetivo por metátesis, se transformaba en sustantivo y se hacía cabecera de la publicación, heredaba una experiencia social, «socialista», anterior, la de: «La organización del trabajo. Periódico de los intereses del pueblo», que salía los miércoles y los sábados, cuyo primer número vio la luz el 1 de marzo de 1848. Estaba dirigido por Fernando Garrido y Federico Carlos Beltrán. Publicaba artículos sobre el socialismo utópico, de Fourier, de Owen y de Saint Simón. En 1849 aparece «El Pueblo. Periódico progresista democrático». (Se defienden las ideas sociales y democráticas.) Otros periódicos que sufren frecuentes suspensiones son: «El Observador», «Clarín», «La Patria», «El Clamor», «La Nación», «La Asociación, periódico de los intereses morales y materiales de los pueblos». Otros fueron: «El Sueco», «El Mundo Nuevo», «La Tribuna de los Pueblos», «El nuevo Observador», «El Trabajador», etc. El interesado por el tema puede consultar el libro «Románticos y socialistas (Prensa española del siglo XIX)», de Iris M. de Zabala, publicado por Siglo Veintiuno.

La larga nómina de publicaciones indica la creencia de que el periódico o la revista era, entonces, el medio adecuado de llegar al pueblo: como luego lo serían el cine, la radio, y ahora, la televisión. Esto, en un país de analfabetos, donde los que leían no entendían o no querían entender. Pero el periódico se creaba como universidad popular o escuela de la calle.

La primera regeneración de España se producirá a través de periódicos y revis-

tas, críticas al poder establecido. Los regeneradores son filósofos utópicos, intelectuales, pensadores y sobre todo libelistas y periodistas, antes que políticos. Juan López Morillas, en su estudio: «Hacia el 98: literatura, sociedad, ideología», publicado en Ediciones Ariel, sitúa la incubación del noventa y ocho en el período que media entre la revolución septembrina, 1868, con un efímero precedente en la Vicalvarada, 1854 y la derrota de 1898. Como antecedentes del espíritu del 98 podemos leer a Casta, Ganivet, Macías Picavea, Isern, Sánchez de Toca, Pompeyo Gener, Almirall, Morote. También a Galdós y a Pablo Iglesias. «El Socialista» puede ser estudiado, junto a la relación de publicaciones reseñadas, como una punta de lanza, social y democrática, que prepara el camino al regeneracionismo, con sus críticas al poder establecido, y sus reivindicaciones para el pueblo.

Pero Pablo Iglesias aparece también en las revistas noventaiochistas, firmando con su nombre. Con Galdós, Dicenta, Morote, Blasco Ibáñez. Son regeneracionistas y a la vez superan el pesimismo del 98. Las revistas propiamente noventaiochistas son: «Germinal», 1897; «Vida Nueva», 1898; «Revista nueva», 1899. Otras de la época, «La vida literaria», 1899; «Gente Vieja», 1900, y «La Lectura», 1901. Superarán la crisis noventaiochista (algunos de los valores literarios son seducidos por el modernismo de «Helios» y «Renacimiento»), («Alma Española» y «La república de las letras», que mantienen un regeneracionismo positivo y un espíritu social y progresista; su animador fue Galdós.

En la revista más genuina del noventa y ocho, «Vida Nueva», en el número 12 de junio de 1898, aparece el nombre y la palabra de Pablo Iglesias, bajo el título: «Los socialistas. Abogamos por la paz», lo cual ha podido pasar desapercibido, en una revista de amplio formato, tipo periódico, muy mal conservada en la hemeroteca casi destrozada por el abandono. En una época crispada por la

derrota frente a Estados Unidos, con una conciencia de desastre nacional, llaman la atención las palabras ecuanímes, sensatas, de Pablo Iglesias; cuya razón y su amor a España estaban por encima de las pasiones de aquellos días. No hace lacrimógenos análisis de la decadencia nacional —una disculpa para no exigir deberes al tiempo presente— sino que se dirige a la España real y pide responsabilidades a quien las tiene, la España oficial. Pablo Iglesias no hace literatura, se limita a los hechos. Dice: «Nuestro país, pobre en producción, más pobre aún en enseñanza, administrado horriblemente, desangrado por dos insurrecciones coloniales y con todas sus rentas empeñadas, hállese en guerra con una nación poderosa, fuerte y rica.» Ese breve párrafo es un resumen de nuestros males nacionales: la pobreza, la falta de enseñanza y la mala administración. Temas continuos, literarios o ensayísticos de las revistas regeneracionistas y que Pablo Iglesias sintetizaba en su prosa, sin florituras, al alcance de los hombres de la calle. Y no obstante en «Vida Nueva», colaboraban escritores de distinta ideología como: Leopoldo Alas (Clarín), Echegaray, Castelar, Dicenta, Menéndez Pelayo, Navarro Ledesma, Núñez de Arce, Palacio, Reina, Unamuno, Valera, Ortega Muniña, etc. Figuraban como redactores: Eusebio Blasco, Blasco Ibáñez, Mariano de Cavia, José Nekens, José Jurado de la Parra, Enrique Lloria, Luis París, Benito Pérez Galdós, Jacinto Picón, Eugenio Sellés, Rodrigo Soriano, Felipe Trigo y José Verdes Montenegro.

Al final de la página programática, dirigida al público, se lee: «Los nombres de las personas que han de escribir semanalmente deben convencer al público de que esta publicación será todo lo que se quiera y la quieran llamar, pero no será nunca reaccionaria.»

También leemos unas intenciones, que estaban en el espíritu abierto, progresista de Pablo Iglesias: «Venimos a propagar y defender lo nuevo, lo que el público ansía lo moderno.»

PABLO IGLESIAS

y la generación del noventa y ocho

Iluminados y Conversos

LOS DIEZ MANDAMIENTOS

La forja de un Estado



«España, desde el centralismo a las autonomías», de Manuel Clavero Arévalo. Planeta.

PROFESOR, catedrático, rector, ministro... La ejecutoria de Manuel Clavero Arévalo es brillante. Fue ministro para las regiones (él escribe que sin Ministerio y sin regiones) y fue también ministro de Cultura. Perteneció al grupo mayoritario de la Cámara Baja (entonces UCD), y se pasó al más reducido y menos definido, el Mixto, cuando vio que las cosas no marchaban en el sentido que él preveía. En este libro se refleja una parte de su experiencia: la de su participación en la creación del Estado de las autonomías, fórmula que él sigue defendiendo y que cree válida, aunque, como se sabe, los partidarios del federalismo no se muestran muy conformes con su futuro. El libro recoge los análisis de Clavero Arévalo sobre esta problemática, con una crítica del centralismo, y con el proceso de descentralización, que arranca en 1977 y que se consolida después de ser aprobada la Constitución.

El anti-Sadat



«Otoño de furia» (El asesinato de Sadat), de Mohamed Heikal. Argos Vergara. Primera Plana.

HE aquí un nasserista surgido de las cárceles de Sadat, tras el asesinato del presidente. Los especialistas le recuerdan como director de «Al Ahram». Estuvo al lado de Sadat en los primeros tiempos de su época, y se apartó en 1973. Hoy hace una revisión muy rigurosa del Gobierno de Sadat, y es el analista político egipcio de mayor prestigio, dentro y fuera del mundo árabe. Este libro constituye un estudio sereno y profundo del proceso seguido por el Estado egipcio desde la independencia, deteniéndose particularmente en la imagen de Sadat, en su biografía y su conversión en gran figura. Heikal le ve sacrificando la estrategia a la táctica; le observa inculco, ignorante del papel histórico de Egipto por su posición y sus condiciones. Advierte en él la existencia de un actor, que se compara a sí mismo con Nasser y degrada a éste en sus juicios o devalúa su obra. El de Heikal es, obviamente, un libro militante. Pero un buen libro.

La generación del 50



«Los niños de la guerra», de Josefina Aldecoa. Ediciones Generales Anaya.

LA obra de Josefina Aldecoa (la viuda del inolvidable escritor) está incluida en la colección «Tus libros». Por una parte pienso que quizá esta antología debiera situarse ante el público de otra manera, pero por otra creo que la preocupación de fondo a que la obra responde conviene extenderla a las nuevas generaciones, desconocedoras del inmediato pasado. Hay que decir también que este libro es bastante más que una antología, puesto que la autora, por breve que sea su introducción, formula una descripción inteligente, sintética y certera del curso de la formación de la generación del 50, y además aquí están, representados por su propia obra, biografiados y estudiados, Jesús Fernández Santos, Carmen Martín Gaité, Rafael Sánchez Ferlosio, Rafael Azcona, Juan Benet, Juan García Hortelano, Medardo Fraile, José Manuel Caballero Bonald, Ana María Matute e Ignacio Aldecoa. Son los «niños del 36».

Sobre el amor



«El punto G», de A. K. Ladas, B. Whipple y J. D. Perry. Ediciones.

UNA psicóloga, una enfermera asesora en materia sexual y un pastor protestante (y por supuesto sexólogo), son los autores de este estudio sobre el «descubrimiento» realizado por Ernst Grätemburg, que nos anuncia la existencia de un punto en los órganos femeninos que, bajo estimulación, produce un orgasmo con eyaculación. Como se ve, el libro no habla del amor a la manera de Stendhal o de Ortega, por citar a dos ilustres que se han ocupado de las relaciones sentimentales entre las personas. Se trata aquí de un proceso de investigación científica a través del cual se intenta una renovación de los conceptos vigentes en el tema de la sexualidad femenina. Este libro será, entre nosotros, sin ningún género de dudas, un «best-seller», como lo ha sido ya en otros países. Que lo busque el que pretenda conocer mejor los problemas del sexo.

Informativa y crítica



«Nueva Estafeta», número 54, mayo de 1983.

UN consejo de dirección inteligentemente elegido ordena y coordina cada número de «Nueva Estafeta», que sigue recibiendo, por fortuna —para su precio, para su pervivencia—, la protección del Ministerio de Cultura. En este consejo de dirección figuran Barral, Azancot, Cano, Chacel, Fernández Santos y Onetti, y al frente de la revista, en su materialización, trabaja el equipo de Luis Rosales, con Juan Emilio Aragonés de subdirector. «Nueva Estafeta» es una publicación informativa y crítica, que recoge, también, colaboraciones de creación. En el número que comentamos aparecen las firmas de Onetti, Lawrence, García Jiménez, Suñen, Cayo Piedra, Pedro J. de la Peña —con un excelente trabajo sobre Venecia y Thomas Mann—, Basanta, Rodríguez Padrón y varias reproducciones pictóricas del canario César Manrique. Algunas críticas bibliográficas nos parecen excesivamente atrasadas. Hay un espacio para los noveles que destacan.

Juvenil Aranguren



«Propuestas morales», de José Luis L. Aranguren. Tecnos.

ESTAMOS ante la reedición de un libro publicado por vez primera en 1967, que hoy, en 1983, conserva la vitalidad y la eficacia de entonces. El pensamiento de Aranguren no envejece y el filósofo sigue siendo, como ayer, el maestro de las nuevas generaciones. Independiente y «comprometido» a la vez, claro y original, con un talento expositivo y analítico excepcional, aquí nos ofrece otra vez sus «propuestas morales». «Hoy se da — escribe Aranguren en el anexo fechado este año — un pluralismo moral frondoso.» Pero añade en seguida: «En la actualidad no es posible todavía una síntesis de esta pluralidad moral. La tarea a nuestro alcance es hoy por hoy, desde el punto de vista teórico, lograr la comunicación entre los supuestos de las diferentes morales y, desde el punto de vista de la praxis, mantener la solidaridad, principio esencial de toda moral...»

El hombre que se equivocó



«Los últimos días de Hitler», de Trevor-Roper. Plaza Janés.

SE conoce ampliamente la sorprendente aparición, hace poco tiempo, de un supuesto diario de Hitler. La revista alemana que intentó difundirlos, los dio por válidos con el aval de algún historiador, entre ellos H. R. Trevor-Roper. Todos se equivocaron y se descubrió pronto que los diarios constituían una burda falsificación. Trevor-Roper también erró. Ello, sin embargo, no disminuye su prestigio como especialista en cuantas cuestiones se refieren a Hitler y a la Alemania nazi en general. De ahí el interés de este libro, «Los últimos días de Hitler», que acaba de publicarse en versión castellana. Este profesor de Oxford fue designado en 1945 para realizar una investigación a fondo sobre el destino del dictador. El resultado de sus trabajos se recoge en las páginas de este libro.

Mirando hacia atrás sin ira



«La nostalgia ya no es lo que era», Simone Signoret. Biblioteca Personal, Argos Vergara.

UN libro de «memorias». Pero diferente. No está planteado directamente; sino en forma de diálogo, con un escritor que suscita temas, sugiere el curso del relato o lo dirige. Esta fórmula lo convierte en más ameno y legible. Por lo demás, la personalidad de la actriz Simone Signoret no necesita ninguna clase de apoyaturas. Se conocen las líneas generales de su biografía: su origen judío, su amplio dominio idiomático, su primera vida en París, la actuación de su familia en la resistencia, sus relaciones con el director Allegret y, por último, su unión a Yves Montand. También se conoce su «compromiso» ideológico, marcadamente progresista. Las grandes causas, la de la paz, la de los derechos humanos, la de la liberación del tercer mundo, siempre han contado con su apoyo. Asimismo, su larga experiencia como actriz. Aquí están los detalles. Un buen libro.

Otras voces



«Un árbol de noche», de Truman Capote. Libros D. B.

LOS de mi generación leímos «Otras voces, otros ámbitos» en una edición bonaerense allá por los años cincuenta. Admiramos su lirismo, su originalidad, tan lejos de la novela norteamericana que conocíamos. Pasados los años quedamos desconcertados por la aparición de «A sangre fría». Seguramente estaba más cerca de nosotros, al menos de los que seguíamos o apoyábamos una línea literaria realista: Truman Capote volvía con una narración testimonial. Nos sorprendió. Pero aquel relato, casi despiadado, venía a confirmar su talento. Los cuentos ahora reunidos bajo el título común de «Un árbol de noche» se sitúan en la primera fase de su autor. Son ocho historias en las que está presente la agudeza psicológica de Capote, su percepción de los múltiples matices de la realidad, su gran capacidad para la evocación.

Sólo para jóvenes



«Guía», revista de información juvenil, número 59, extraordinario.

UNA publicación que también ha experimentado el «cambio»: «Guía», ahora editada por la Dirección General de la Juventud. Pretende realizar eficazmente «un programa de información al joven». En este número extraordinario, que coincide con la celebración de los encuentros de Cabuñes, en Gijón, hay un capítulo estrictamente informativo con los puntos de información cultural y los centros de información de la mujer. Se expone también con todo detalle una relación de mediaciones entre la juventud y la naturaleza, el turismo, los viajes... También hay en sus páginas un registro de cursos y actividades culturales y otras «notas de interés», como las referentes a la estafeta juvenil internacional, las asociaciones juveniles de ámbito nacional, etc.

Iluminados y ConVersos

La «novela negra» pierde a MacDonald

● Convirtió a su detective, Lew Archer, en una persona humana, anti-heroica

La muerte del escritor Ross MacDonald, cuyos libros ocupan el tercer lugar dentro de su género en punto a su difusión, al menos en España (antes que él se situan Chandler, con su «Marlowe», y Hammett), ha supuesto una pérdida muy importante dentro de la llamada «novela negra». Según Muñoz Suay, que es, como se sabe, además de un realizador cinematográfico y guionista de talento, un especialista en este género de literatura, hay que señalar en la obra del autor fallecido una característica perfectamente definitoria de sus planteamientos: en todos ellos se advierte la ausencia del factor «justiciero», que está en el fondo de la mayor parte de las producciones de esta escuela. Para Ricardo Muñoz Suay hay en MacDonald un matiz fundamental no suficientemente subrayado: «la personalidad psicoanalítica, casi de arqueólogo, de su detective Archer».

MacDonald describe crímenes situados en el pasado. Asimismo, otro aspecto notable de sus historias lo constituye la defensa del medio ambiente y, como dice Martín, la denuncia de la degradación social. Esto lo hace «moderno» al aproximarlos a los movimientos ecologistas. Otro especialista, Juan Madrid, ve en sus obras un análisis corrosivo del modo de vida americano. «Testigo lúcido del derrumbamiento de América», dice este escritor. No hay institución que no reciba su crítica. La clase dominante americana queda al desnudo ante el lector, como telón de fondo del conflicto policiaco que relata. Su personaje no cree en el orden de la sociedad en que vive, aunque lo defiende. MacDonald humaniza a Archer y lo convierte en un detective anti-heroico.

A MacDonald hay que analizarlo dentro de su escuela. Pensamos, de todos modos, que tanto él como Hammett no pueden ser separados de la novela



norteamericana de los años veinte, la de los autores de la «lost generation», de la cual, en cierto modo, son herederos. Y lo son por su escepticismo al analizar los valores con los cuales la sociedad yanqui se intenta respaldar. También por su estilo, desdeñoso de barroquismos.

Juan Carlos Martini ha escrito eloquentemente de MacDonald: «Es consciente de que la corrupción de la sociedad es absoluta y de que lo que se puede hacer descubriendo a un asesino es muy poco».

Entre los libros de MacDonald más vendidos en España —de él se han publicado en versión castellana nueve

— hay dos que han alcanzado mayor difusión: «El hombre enterrado» y «El caso Galton», editados por Bruguera.

Según el director literario de esta editora se han hecho de estos libros tres ediciones de cuarenta y cinco mil ejemplares.

En España, a pesar de los muchos cultivadores que tiene —y del gran número de críticos que se han especializado en su estudio— la novela negra aún no recibe la consideración que merece. Es tratada por los mandarineros de las letras como un género menor. La minoría que la defiende debería insistir en su valoración, para tratar de situarla en el lugar que le corresponde.



Obras reeditadas de Caballero Bonald, Roig, Armas Marcelo, Torbado y otros

Duelo a dos bandas

«El hermano menor»

RAFAEL FLOREZ

Se nos ha ido con los últimos vientos de la primavera «el hermano menor de Ramón» (el último de cinco hermanos), como muchas veces llamábamos a Julio Gómez de la Serna. A pesar de su grande y perdurable vitalismo sobre su figura menuda y ágil, últimamente estaba con el Quevedo tardío de «Soy un fue y un será y un ex cansado». Pero muy últimamente, próximo a sus ochenta y seis años de edad. Toda una dilatada vida dedicada no a la creación, como su hermano mayor (el genial autor de las greguerías), sino a la traducción literaria, superpone su personalidad sobre el ejercicio jurídico, en el que alcanzara en el cargo de secretario del Colegio de Abogados de Madrid, y que hizo compatible en primera juventud con la de jugador de fútbol en el pionero Real Madrid, junto a nombres señeros de la época, como Santiago Bernabéu, entre otros.

Digamos, porque nobleza y justicia obliga, que fue un monstruo de la traducción del francés y del inglés, por cuya intensa tarea los españoles e hispanohablantes en general le debemos tanto de nuestra cultura literaria. La más amplia nómina de figuras de la literatura universal: Molière, La Fontaine, Poe, Oscar Wilde, Rémy de Gourmont, Eça de Queirós y otros, enlazando con Marcel Proust, Bertrand Russell, André Gide, H. G. Wells, Colette, Cassou, Erenburg, Margaret Mitchell o Curzio Malaparte o Simenon, incluso memorias, como las de Chaplin o De Gaulle, integran su larga y prolífica vida consagrada a las traducciones, sumamente estimadas y siempre fieles y ejemplares. Su afán de trabajo digno y escrupuloso le granjearon un prestigio cultural que por la índole del propio quehacer difícilmente suele vindicarse, inclusive en una hora como ésta, en que la dimensión de su vivir y de su constancia vocacional se han fundido para siempre en el reloj parado de la muerte.

Convivimos con él en muchas horas de amistad y fervor por su hermano Ramón, y culminamos juntos la fundación y propulsión de Los Ramonianos (Asociación de Amigos de Ramón Gómez de la Serna) desde 1964, de la que era preboste de honor, un prebostazgo que acaba de quedar huérfano. Vivimos junto a Julio Gómez de la Serna jornadas literarias en las que compartimos exposición y diálogo con otras personalidades también desaparecidas a estas alturas del tiempo y de nuestras diversas generaciones, tiempo exterior que hicimos crónica y tiempo interior que fue y es meditación continua, tal y como el intimismo de Quevedo nos marcara como maestro e instigador renovado.

Duelo, en suma, a dos bandas (la de la ingrata misión del traductor y la de ramoniano más allá de lo hermanal) en esta hora de España en que su pérdida queremos tenga definitiva toma de conciencia en pro de tantas silenciosas tareas y personas que merecen mejor consideración en el concierto mágico de la cultura. Un duelo a dos bandas que haga reconsiderar una mejor proyección profesional y el mejor conocimiento a la obra y figura singular a nivel universal del hermano mayor de Julio Gómez de la Serna. Su mejor deseo hasta después de su definitivo adiós.



Los libros que vuelven

la narración en castellano

La alternativa de No son libros nuevos, y la operación se viene desarrollando desde hace tiempo. Ahora, con perspectiva, conviene revisarla. Los editores la definen como «la otra alternativa de la narrativa en lengua castellana». Todos los autores cuya obra está aquí —Libros DB— representada, han obtenido la consagración, y la popularidad de algunos de ellos desborda las fronteras del mundo hispanoparlante. Por citar un caso concreto, la novela de José Manuel Caballero Bonald incluida en la colección «Agata ojo de gato», ha sido traducida al rumano, como en el último número de nuestro «complemento» nos manifestaba Novaceanu, y se han difundido decenas de miles de ejemplares de la versión. No hablemos de Montserrat Roig, y su narración «La hora violeta», o de Fernando Sánchez-Drágó y de su «Gárgoris y Habidis», que ha levantado una polémica interminable, y sigue instalada en la lista de los libros más vendidos en destacado puesto, o de Jesús Torbado, cuyo libro «Las corrupciones» —si mal no recuerdo el primero que publicó— aparece de nuevo en la serie, o de Daniel Sueiro, otra vez en las librerías con «Corte de Corteza», o de José María Guelbenzu, que vuelve con «El mercu-

rio». Las nuevas generaciones desconocen estas novelas, algunas aparecidas y nunca reeditadas hace más de veinte años; por tanto, la empresa bien merece el elogio, aunque sólo fuera por esta causa. Desde otro punto de vista, la colección reúne nombres y, por tanto, define límites, sitúa y revisa períodos anteriores.

Por su especial significado, puesto que no sólo ha traspasado fronteras, entre países sino también entre mundos ideológicos distintos, como puede ser el del Este, y logrado penetrar en su público lector profundamente, bien merece destacar como modelo —aunque este lugar igual pudiera ocuparlo cualquiera de las obras que hemos citado— de la «otra alternativa», la novela de José Manuel Caballero Bonald, que fue premio de la crítica en 1975 —como poeta, Caballero Bonald lo ganó también en dos ocasiones, 1959 y 1978— y que hoy está considerando como uno de nuestros primeros narradores.

El autor es de Jerez de la Frontera, donde nació en 1928. Licenciado en Letras, profesor en la Universidad Nacional de Colombia, conferenciante en América y Europa, colaborador en el

Seminario de Lexicografía de la Academia Española, con Alonso Zamora Vicente; presidente del Pen Club de España, cuenta con siete libros de poesía, y con varias novelas: «Dos días de septiembre» —que obtuvo el premio Biblioteca Breve, que auspiciaba Carlos Barral—, la que hoy comentamos, y «Toda la noche oyeron pasar pájaros», también premiada; en 1981 obtuvo el «Ateneo» de Sevilla.

José Manuel Caballero Bonald es un escritor meticuloso que maneja un amplio arsenal de recursos expresivos y trabaja el idioma con especial dedicación. Se diría que su traductor rumano, al elegir «Agata ojo de gato», para ponerla al alcance del lector de su país, ha buscado la opción más difícil. Esto se comprenderá mejor si se tiene en cuenta que por la traducción de la obra de Góngora ha ganado el premio nacional. Góngorino, en cierto modo, y en todo caso siempre barroco, es el lenguaje de Caballero Bonald en todas sus obras, poéticas o narrativas. El estilo de este andaluz, hijo de padre cubano y de madre francesa, es brillante e imaginativo, como también lo son los temas que desarrolla. En «Agata ojo de gato» plantea una situación de tensión entre el

hombre y la naturaleza que se resiste a ser dominada. La naturaleza reacciona contra el hombre como respondiendo a una fatal maldición. Se trata de un acceso a la realidad a través de muy diversas mediaciones que, en conjunto, integran una mitología. Resulta obvio añadir que Caballero Bonald combina un realismo de gran riqueza de matices, con toda una imaginaria irracionalista, que le aproxima a la escuela narrativa latinoamericana.

El «placer del texto» nos lo ofrece esta escritura de extraordinaria belleza, tan abundante en imágenes que lo descrito puede escapársenos por el recreo en su verbalismo brillante, a través del cual recuperamos los mitos de antiguas culturas tenazmente arraigadas.

Este gran dominador del lenguaje alcanza en «Agata ojo de gato» niveles de expresividad poco comunes en la reciente narrativa de habla española. Avala su estética el rigor que el autor impone a la aplicación de su propia preceptiva.

Bien vale como modelo de «la otra alternativa», sin que ello suponga una disminución valorativa de los autores que lo acompañan.

El extravagante

CARMEN DUERTO

Tiene ochenta años. Siempre usa sombrero. Le quedó una pensión de cinco mil pesetas para vivir. Reside en Santander. Conoció a todos los grandes poetas del 27. Jorge Guillén dice de él: «Es una gloria de la nación española». Sin embargo, Gerardo Diego estima que «Una décima sobra para definirle.»

Ha sido actor con Enrique Borrás y Margarita Xirgu. Ha recitado poemas en Cambridge y la Sorbona. Le acompaña una mujer joven, Elvira Santos. «Pon ahí que es una actriz estupenda». En el mismo sitio, el palacio de la Magdalena de Santander, donde Federico García Lorca le daba gritos, diciéndole: «Pío, mira al mar», nosotros le hicimos esta breve entrevista. Aunque deberíamos matizar lo anterior. Porque don Pío Muriedas tiene tal cúmulo de experiencias y de ideas, que no hizo falta preguntarle nada. El lo dijo todo:

«Cuando vino Lorca a Santander yo fui el que presentó su grupo de teatro La Barraca, y aquí mismo me daba gritos diciéndome: «Pero Pío, mira al mar». Era un gandul este Federico.»

Hoy parece que don Pío está inspirado. No para de hablar, de contarme de que opina de Alberti Es un señorito».

También me habla de Neruda. «Cuando César Vallejo estaba muriéndose en París y Neruda era senador allí, no le



Pío Muriedas

irme ya, ayer me dirigí a un guardia con metralleta, para que me matase. Le dije que era un elemento subversivo, y no me quería matar. Me empujó para echarme, porque decía que los viejos cuando nos emborrachamos nos ponemos muy raros. Y yo no me emborracho nunca. Quiero morirme rápidamente, y no me suicido porque soy un cobarde».

—¿Pero don Pío en algo tendrá que creer, ¿no?

—«Es mucho cuento lo que hay ahora, a mí no me dan nada. Fíjate, me iban a hacer los de Cultura un libro sobre mi vida, y no me lo hacen en la puta vida. Quiero morirme rápidamente, y no me suicido porque soy un cobarde. Y tampoco creo en Dios, porque me dio la juventud y luego me la quitó, me dio a mi mujer y luego murió y eso me dejó jorobado».

—Entonces ¿cuál es su filosofía de la vida?

—«Esa ley de física que dice: «nada se crea ni se destruye, sólo se transforma. El alma para mí es mi memoria».

En este momento vienen los de la televisión porque quieren hacerle otra entrevista. Don Pío se va, pero antes dice que no me ha contado lo de la farola, y es que Pío Muriedas tiene en una plaza de la ciudad de Santander una farola dedicada.

● «Lorca me decía: Pío, mira el mar»

protegió porque le tenía envidia. Fue Gerardo Diego quien le mandaba dinero a París. Neruda era muy bueno, pero muy copión».

Don Pío admira a Valle-Inclán, al que también conoció. «Era un genio, muy extravagante, muy loco, pero un genio».

En el fondo yo creo que Pío Muriedas es como Valle-Inclán, conservador en la juventud y republicano en la madurez. Por eso se identifica tanto con él.

«Siento que Fraga no sea comunista».

Realmente don Pío tiene unas ideas extravagantes, quizá a un comunista de los de toda la vida o a un aliancista estas cosas

que dice Muriedas le pueden parecer «pintorescas», pero sus razones tendrá: «Lo que siento es que Fraga no sea comunista. No cree en Dios, ni Franco tampoco creía en Dios. Si Fraga fuera comunista, sería pistonudo».

Por fin, mientras tomaba un sorbo de agua, pudimos hacerle una pregunta.

—¿Cómo puede vivir con una pensión de 5.000 pesetas?

—«Es que ahora también hago teatro en colaboración con el Gobierno Vasco, digo con el Gobierno Cantabro. Hago teatro del bueno, obras de Lope, Blasco, Benavente y Calderón», pero quiero mo-

Guillén y Graves: La literatura busca el Sur



Jorge Guillén y Robert Graves nacieron en la niebla y eligieron el Sur. Del Duero a Málaga, de Gran Bretaña a Palma, cumplieron una de las pulsiones más antiguas de la literatura, quizá del hombre europeo: encarnar junto al Mediterráneo.

Guillén se apaga, dicen los teletipos, y es verdad. El lo había declarado otras veces: «Tengo muchos años, y eso no es una enfermedad, es un estado. Soy el poeta más viejo de toda la literatura española.»

Las últimas informaciones hablan de «honda melancolía» en un Graves de ochenta y ocho años que presiente el fin, tan repetido y tan único. No es de extrañar, en quien ama tanto la luz, el aire y la cultura del mar, del único mar de la Europa clásica.

Guillén, con noventa años, es el más longevo de una generación de longevos, los poetas del 27 — al menos una parte de ellos: Guillén, Aleixandre, Gerardo

Diego, Alberti y Dámaso Alonso —, cuya voz y sombra han dominado el panorama literario español desde hace más de cinco décadas.

Inevitablemente, porque el tiempo lo demanda, España va a padecer el retiro de los grandes, para los que no se ve relevo. Quizá fuera milagro que lo hubiera.

Dicen que la muerte es un temor y, en ese caso, nunca podrá alcanzar al autor de «Aire nuestro» — título que compendia toda su obra, recogida en cuatro volúmenes: «Cántico», «Clamor», «Homenaje» y «Final» —, pase lo que pase con este momento de vejez, que le traslada a un teletipo aprensivo.

El lo dijo de modo inequívoco: «No temo a la muerte, porque lo único que podía temer es ir al infierno y da la casualidad de que para mí el infierno no existe. Yo soy cristiano, naturalmente, pero hereje. Al contrario, espero la muerte con tranquilidad.»

Eran diez los poetas que, al conjuro de

«Al Sur», se reunieron en Sevilla, dando origen a lo que desde entonces se llamó «Generación del 27», Guillén y Pedro Salinas — fallecido en 1951 — eran los mayores del grupo.

Robert Graves se hizo famoso en España por «Yo Claudio», cuando la televisión británica adaptó su novela mediterránea a la pequeña pantalla.

Los españoles nos enteramos entonces, hace cinco años, que el historiador, novelista y poeta británico había «descubierto el Mediterráneo» entre los olivares de Deya, un pueblo de Palma de Mallorca, en 1929, aconsejado por la escritora americana Gertrude Stein.

Toda la obra de Graves se refiere a la cultura mediterránea: «Claudio el dios», «Los dos nacimientos de Dionisios», «La hija de Homero», «La Diosa Blanca». Su propia vida es, según los vecinos de Deya, la de un glorioso pagano de la antigüedad clásica.

Por Paco Torralbo



UNA poeta joven, langreana, muy conocida por sus actividades en el periodismo diario, Gloria Díez, ha publicado su primer libro en la colección Adonais. Se titula «Mujer de aire, mujer de agua». Ha escrito otros, no publicados aún, pero ya bautizados. Son «Madre tristeza», «Herida de luz», «Alquimia» y «Cantar de muerto». Algunos, incluido el recientemente aparecido, han llegado a la final del premio Adonais, del que todo poeta quiere recibir la consagración. Gloria Díez escribe una poesía de gran sencillez, expresando con gran contención sentimientos y ensamientos, sobre temas del mundo cotidiano y formalmente próxima a las odas nerudianas. Busca sus imágenes en la naturaleza o en su mundo íntimo, cercano. Hoy les ofrecemos una selección de sus poemas.

GLORIA DÍEZ

CANCION PARA UN VIGILANTE DE LAS SOMBRAS

Me pregunto por qué
sendas oscuras
vaga tu larga sombra
atormentada.

Me pregunto qué sangre
te reclama
desde profundas simas
del submundo.

Me pregunto qué peso
te fatiga
las cóncavas espaldas
siempre heridas.

Me pregunto por qué
alzas un muro
de fingidos disfraces
para negarte a ti
cuando me niegas.

Cuando vuelvas la cara
mira a ver si tronchaste
bajo tu cauto paso
algo que vale más
que todos los secretos.

NOCHE FUERA DEL TIEMPO

Si esta noche,
fuera de calendario
y de camino,
pudiera desangrarme
vena a vena.

Si este amor,
que rebosa en mi pecho,
como un ánfora doble,
pudiera derramarse hasta
vosotros.

Si este instante de paz,
en que sería
tan capaz de morir,
no fuera efímero.

Si el plomo fuera oro
para siempre.

Si así, sencillamente,
yo pudiera deciros:
amor,
me ha visitado
de repente.

CUANDO LA SANGRE SOPLA HACIA PONIENTE

Cuando la sangre sopla
hacia poniente,
cuando las velas cruzan
bajo el arco
de los mundos oscuros,
una ronca resaca
nos reclama
como dulce sirena.

Pero, di
¿quién podrá
forzar los bordes
del violento huracán
que nos escupen
los terribles arcángeles
dormidos?

Dejad que bogue y bogue,
la desgracia
es como el leve viento
que me lleva.

A VOSOTROS LOS FUERTES

La palabra nadaba
a contra-viento.

¿Quién me compra una sogá
para atar en gavillas
los pesados recuerdos?

La palabra nadaba
a contra-viento.

Un desaliento sucio
empaña las azules
cucharas de los muertos.

Palabras inservibles
atestan los graneros.
La cosecha es de panes
sin corazón ni dueño.

A vosotros los fuertes,
a vosotros los dueños
de mi herida fatiga
os recuerdo el secreto:
pastores de la nada
¿quién vigila los sueños?

Un cayado de bronce
en los crispados dedos.
De espalda al gran crepúsculo
en vuestros ojos vacuos
gira y gira el silencio.

POETAS NUEVOS